



JACOBO SEFAMÍ



Subibaja





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán Álvarez
Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales
Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar
Voz Viva



Ilustración de portada: Pedro Daniel Guerrero González
VV - 152

Primera edición: 6 de octubre de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-8153-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional
Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autori-
zación escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Di-
rección General de Bibliotecas y Servicios
Digitales de Información
Nombres: Sefami, Jacobo, 1957- ; autor. |
Moscona, Myriam.
Título: Subibaja / Jacobo Sefami ; presen-
tación, Myriam Moscona.
Descripción: Primera edición. | Ciudad de
México : Universidad Nacional Autónoma
de México, 2023. | Serie: Voz viva de Mé-
xico ; VV-152.
Identificadores: MULTIMEDIA 21191 |
ISBN 978-607-30-8153-5.
Clasificación: LCC PQ7298.29.E43.A6
2023 | DDC 863—dc23



JACOBO SEFAMÍ



Subibaja

Presentación
Myriam Moscona



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023

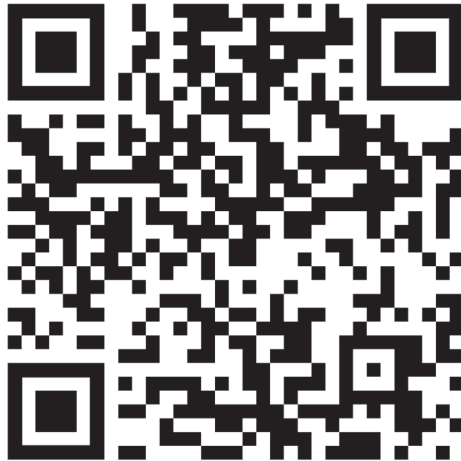


Fotografía de Jacobo Sefami.



Jacobo Sefamí

Escritor y crítico literario. Nació en la Ciudad de México en 1957. Doctor en letras hispánicas por la Universidad de Texas, en Austin. Es profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de California, Irvine, y director de la Escuela de Español en Middlebury College. Es editor de varios libros sobre poesía latinoamericana y autor de la novela *Los dolientes* (2004). Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: *Por tierras extrañas* (2019), *El camaleón y la esponja: David Huerta. Entrevista, ensayos y antología poética* (2019), *Mili, en lo inacabado mutante* (2019) y *Caleidoscopia. Escrituras y poéticas de lo oblicuo en América Latina* (2021).





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

1. Myriam Moscona (18:25 min.)	11
--------------------------------	----

Duelos

2. Ayotzinapa (04:06 min.)	24
----------------------------	----

De Mili, en lo inacabado mutante (2019)

3. Trágico accidente. Muere niña de tres años de edad en la Colonia Roma (01:12 min.)	30
4. Mili, en lo inacabado mutante (01:35 min.)	31
5. Mili riela cerca (02:35 min.)	32
6. Mili roza luz (02:01 min.)	34
7. Mili, atónito (en un infarto) (01:11 min.)	36
8. Mili, río en la marisma (01:57 min.)	37
9. Mili, datos precisos, mi ausencia (02:25 min.)	38



10. Ensoñaciones falaces (01:47 min.)	40
De <i>Los dolientes</i> (2004)	
11. <i>Los dolientes</i> (fragmentos) (10:40 min.)	44
12. Glosario (03:33 min.)	50
De <i>Por tierras extrañas</i> (2019)	
13. En busca del horno primigenio (13:59 min.)	53
14. Memorias hechas pedazos (Siria 2009)	
La lengua recóndita (05:43 min.)	62
15. Árvoles yoran por luyas: en Estambul te vo a bushkar (Turquía 2015). Pamuk y yo (04:38 min.)	66



Reverberaciones

De *Alfabeto amoroso* (inédito)

16. /A/ anaranjada (00:49 min.)	71
17. /E/ eterfinifrete (01:53 min.)	73
18. /I/ mi ti (01:06 min.)	79
19. /O/ ocho con dos o (01:50 min.)	83
20. /U/ ululumu (01:43 min.)	90
21. /F/ divertimento con f (00:50 min.)	93
22. /G/ en las grupas de la g (00:34 min.)	95
23. /S/ el seis y la ese (01:42 min.)	97
24. /H/ mudo (01:26 min.)	101

Inéditos

25. Pachorrudo. Antipoema jaco-holgazán (04:31 min.)	104
26. Autorretrato. Poema jaco-concretista (01:41 min.)	111





PRESENTACIÓN

Myriam Moscona*

Aleph es la primera letra del alfabeto hebreo. Si le añadiéramos la segunda, diríamos *aleph beth*, palabra con la que se designa el abecedario. En hebreo las vocales no se escriben (salvo en poesía, expresadas no con letras sino con puntos y rayas), al juntarlas, la *aleph* y la *beth*, formarán la palabra “padre” (“אב” - “ab”). Padre y lenguaje parecieran, así, tener una consonancia que las hace converger en una misma morfología.

En la figura de un padre casi tan metonímico como el *aleph*, aquel juguete borgeano que todo lo concentra, se cultiva la fuerza de una raíz que planta la obra de nuestro autor en distintas tierras, secas y fértiles, donde

*Myriam Moscona (CDMX, 1955) es poeta, traductora, narradora y periodista. Entre su obra publicada se encuentran *Último jardín* (1983), *Las visitantes* (1989), *De frente y de perfil* (1994), *Negro marfil* (2000), *De par en par* (2009), *Tela de sevoya* (2012), *Por mi boka* (2013), *Ansina* (2015) y *La muerte de la lengua inglesa* (2020). Ha obtenido, entre otros premios, el Nacional de Poesía Aguascalientes (1988), el Nacional de Traducción (en colaboración, 1996), la Beca de la Fundación Guggenheim (2006) y el Premio Xavier Villaurrutia (2012).



florece la lengua y su pérdida, la hermana y su pérdida, el padre y su pérdida, la madre y su pérdida, la respuesta y su eterno replanteamiento. Se vuelve a plantar y se regresa a las semillas. Allí encontramos al deambulante. Lleva la camisa rasgada por el luto del padre, vemos al niño que no tiene camisa que rasgar por la pérdida de una hermana, menor incluso a esos cinco años del pequeño que la ve morir. Allí encontramos espejos retrovisores, laterales, frontales. Espejos que enfocan y detallan lo que, a simple vista, no se ve. Esos espejos también son los instrumentos de su extensa y reconocida labor como crítico de poesía latinoamericana.

Durante décadas, Sefamí se ha dedicado a mirar a los demás, a estudiar sus obras. Durante todos esos años de escritura, el crítico había permanecido silencioso respecto de sí mismo. Por lo general, quienes escriben sobre poesía son los poetas, como si fuera un territorio de alimentación antropofágica. Sefamí, dedicado a esa entrega, permanecía en un lugar que decidió trastocar con la aparición de *Mili, en lo inacabado mutante* (2019), hasta ahora su único libro de poesía sobre la muerte de su hermana; bello, tardío, barroco, logrado, valiente. La muerte, disparo



al centro de este poema, ya se había explorado quince años atrás, en *Los dolientes*, su primera novela, muy distinta en intención al poemario y escrita tras la desaparición del padre. Así da inicio su quehacer de búsqueda personal fuera del estudio y la academia. La casa de los Sefamí se convierte en una especie de pecera a la que el lector puede asomarse y registrar la vida de un complejo y caótico tinglado familiar. Se le dedica todo un libro al patriarca, cabeza de siete varones de un clan judeo shami donde también se concentra el afán de “dar vida a lo muerto” (así es como Paul de Man, en glosa de Sylvia Molloy, se refiere a la autobiografía).

No sobra recordar que la comunidad árabe judía se ramifica en dos. Quienes vienen de la capital siria, los damasqueños, llamados shamis, y los jalebis, procedentes de Alepo. Cualquiera que tenga un amigo judío sabe que después de un entierro se llevan a cabo siete días de rezos en la casa del desaparecido o de sus parientes en línea directa. Quien así lo desee puede dar el pésame en la casa de un doliente, abierta para todos durante siete días. Las nuevas generaciones le llaman a esa costumbre con su nombre original, “shiva” o, “shive”, como la dicen en yidish, pero le agregan un guiño:



“shiveterapia”, pues durante esa semana se teje una cohesión, una especie de vendaje colectivo para proteger el dolor. Se ayuda a pasar el tránsito de los deudos en que deben plantarse, sentarse sobre la tierra y aceptar que ese otro no está más (en hebreo “shev” es el imperativo de sentarse). La shiva (que viene de “sheva”, siete, también en hebreo, es el nombre del periodo de duelo observado dentro del judaísmo, para los primeros siete grados de parentesco) constituye una de las formas en que la tradición envuelve, pero también exige el cumplimiento de leyes agotadoras en precisión y rigor. Sefamí las investigó hasta en sus mínimos detalles. Imagino, además, cuánto material quedó fuera porque él sabía que estaba escribiendo una novela, no un libro de ritos. Como todo hombre de letras sabe que la fidelidad última es con la novela, no con la realidad.

La constante presencia de expresiones desconocidas para un lector proviene tanto del rito hebreo o de algunos rezos en arameo (así el *kadish* que se reza para honrar a los muertos), como de las expresiones del árabe trenzando palabras en la vida cotidiana. Es natural, entre los *shamis* y *jalebis*, decirse con cariño *roji*, mi alma; al dinero le llaman en



árabe, *masari*; las malas palabras se funden o se alternan en mexicano y árabe formando una Babel encantadora que aquí se ejerce con un sentido arrojado de desparpajo y libertad. Sefamí se inaugura en el 2004 como un escritor de su propia historia observando a los *avelim*, a los dolientes, diciendo *kadish*, amparado por una religión que favorece el mando de los rezos a los hombres que, en esta familia, nunca faltan: son siete hermanos varones, como los siete brazos de la *menorah*. El entrecruce lingüístico es su gran aportación. No existe una obra anterior a *Los dolientes*, al menos en nuestro país, que friccione las palabras castellanas con las árabes, hebreas y arameas produciendo una rareza que inaugura otra de las formas múltiples del habla mestiza en México.

Y allá, al frente, el jazán seguía cantando. Todos entraban al knis y nos veían, pobrecitos, *se les acaba de morir su papá*. Y no sabían si acercarse o no, si saludarnos o no, si estaba permitido darle un abrazo a un onen. Porque eso sí, a un avel no se puede, es de mala suerte. Pero nosotros aún no éramos avelim, y pocos sabían las reglas de los onen. De todos



modos, claro, muchos venían y se acercaban y decían *shafalcon, mano* [...] *Oye, quién se les murió. El papá, el papá. Pero no grites, te van a oír,* se escuchaba dos filas adelante. Y todos en el knis estaban atentos, *a ver qué hacen, ya viene el kadish, a ver si lo dicen o no.* Uno de nosotros se adelanta y comienza a decir *yitgadal veyitkadash...* pero luego luego alguien gritó *no David, no David, no se puede.* Y el shamosh, a paso veloz, casi corriendo, vino a darnos instrucciones, *ya les dije, jóvenes, ahorita no.*

Esta fusión de expresiones se profundiza en su segunda novela, *Por tierras extrañas*. Da comienzo apoyada en un epígrafe de Bolívar Echeverría que alude al “universo inestable de la memoria”. Las tierras extrañas son un ir y venir de México a Israel, de México a Siria, de México a Turquía, de México a Texas, de la infancia a la juventud, de la juventud a la adultez. Jacobo Sefamí es un eterno migrante. Estudió la licenciatura en México y, al irse por primera vez de México en 1984, no volvió a residir en el país. Al estar al margen del medio literario y sus presiones, ha podido hacerse de un



clima de libertad del que su obra crítica, por ejemplo, se ha beneficiado. La totalidad de su trabajo de creación se ha escrito fuera de nuestro país, pero con el país encajado en su identidad. Aquí está su infancia, su lengua y sus muertos. México es su país de anhelo. Con esa mexicanidad emprende un viaje a Siria acompañado de su hermano y su sobrino. Van tras la búsqueda de los abuelos, de los que muy poco se sabe. Volverán de esas *tierras extrañas* con más preguntas tras haber vivido golpes en la memoria familiar que, en ocasiones, desatan la risa. El humor, que salpica su trabajo, explota, a veces hasta de modo involuntario, desde sus primeros viajes. De joven, con muy poco dinero, va a Israel y a Europa, arrastrando por el mundo su sarape mexicano (¿o es jorongo?). Allí se mueve el autor-personaje, sembrando vacas en la granja colectiva y en sus primeros amores.

En su obra se localiza un centro que representa la pérdida y el deseo de recuperación del que no se conseguirá armar un rompecabezas completo. Se va en búsqueda de las piezas faltantes y de antemano se asume que se recogerá polvo, *más polvo enamorado* (la tilde es mía). El universo inestable de la memoria abre grietas.



Ya se habló de su aportación al mestizaje de la lengua. Aquí se va más lejos, al de los lugares, al de los espacios. Siria y México se trenzan asociando la mezquita de los Omeyas en Damasco con el hermosísimo sitio de Montealbán en Oaxaca o bien comparando el Zoco de Alepo con la Lagunilla. Esto engloba la pérdida y la recuperación pues mediante la escritura es que estas tierras se hacen propias, la tierra extraña de la vida, la tierra extraña de los sueños y la más inquietante de las tres: la de nuestra fugacidad.

Estamos ante un escritor cuya personalidad literaria se sabe reír a carcajadas frente al caos o frente a la propia locura. Esa condición corrosiva que va de la risa a la tragedia constituye una marca distintiva de su temperamento literario. No en vano decidió llamarle con el juego de los niños, subibaja, a esta antología sonora. *Subibaja* alude a las distintas perspectivas. Si se está abajo o si se está arriba. Y más aún: siempre se sabe que el lugar es temporal y que nadie permanece fijo en un punto. Si así fuera, hasta la felicidad resultaría insoportable. El subibaja es, respecto a Sefamí, la danza aérea que metaforiza el paso de la risa al dolor y que nos enraiza a la tierra y nos lanza siempre hacia otra parte, tal como la obra de



Jacobo que explora distintos modos de enfocar. Uno de ellos, por obvias razones, no figura aquí: el perfil de crítico de poesía que resulta un eje insoslayable de su trayectoria.

No existe el espacio para mencionar los libros que dan cuenta de esa veta. Quizá uno de los más conocidos, *Medusario*, un clásico en el que aparecen 22 poetas latinoamericanos, se propone reunir una estética, considerada “barroca contemporánea”, formada por “una invasión de pliegues, orlas iridiscentes o drapeados magníficos” (Néstor Perlongher). Sefamí se une a esas orlas, *se convierte* en una orla. Encontraremos, en esta selección, una muestra de ese único poemario, *Mili, en lo inacabado mutante*; exploración sobre la muerte de su hermana atropellada frente a sus ojos cuando Jacobo tenía cinco años y Mili, la única hermana mujer, alrededor de tres. Esa ruptura de infancias se transfiere en el poema a la ruptura sintáctica mediante los paréntesis que forman su propio archipiélago, son las islas del doliente. Me he propuesto leer el contenido de todos los paréntesis de este libro como un texto autónomo, dislocando otra vez la extrañeza a la que nos obliga esa forma inacabada del duelo que un niño escindido no podía nombrar.



Dos barbones miran (estupefactos) huérfanos Mili gatea avanza Papá
parpadea (le corroen las heridas) ni un mes y dobla (luto) sentado en
el suelo (¿quién lo consuela?) Cae (oscuro) en la nada No camina no
hace (ni una mueca) no mueve labios (dientes) (lengua) gime sordo
Abandona (fracasa) se desmorona La tía lee el café (sedimentos) se
transgrede (la rutina) La tienda (otra vez) con su dueña.

Como resultado de tal intervención leeríamos:

Estupefactos / le corroen las heridas / luto / ¿quién lo consuela? /
oscuro/ ni una mueca / dientes/ lengua/ fracasa / sedimentos / la rutina
/ otra vez

En absoluto contraste, hay otra voz experimental, cantáble, lejos de
cualquier luto, que echa sus palabras al fuego, un arrojo malabar, un
reírse del remedo descalabrando su nombre, consiguiendo un pastiche
encantador cercano a la poesía concreta brasileña (también en juego están



las aliteraciones del inédito *Alfabeto amoroso* contenido en este álbum), al que el crítico le ha dedicado páginas y páginas de atención.

m i s e f a / m i s a f a / m i f a s e / f a m i s e / f a s e m i / s e m i f a
/ s e m i l l a / s e f a m i / s e r i f a / s i f a m o / f a r e s i / m a f i s e
// m i m i s e s e f a f a / m a m a s i s i f o f o // m a f a s a / s a f a
m a / f a r s a b a / s e f e m e / f e r r e t e / r e t r e t e / m e q u e t r e
f e / m i s i f i / s i f i m i / s i r i m i r i s / f o m o s o / m o s o f o /
m o r r o ñ o s o / s u f u m u / m u s u f u / s u c u s u m u c u // s i s i
s i s i s i s i / m u m u m u m u m u m u / m u /

Ese arco de exploraciones transita incesante de los migrantes a sus hijos, de la vida a la muerte, de la estancia al viaje, del amor al descalabro, de las vacas concretas a las pintadas, del sueño a la vigilia, de la risa explosiva al desgarrar del luto. Sefamí, el narrador, el crítico de poesía, el que dinamita los vocablos para triturar su nombre, sabe que el lenguaje es la única forma de la que se dispone para ver la existencia. Y así hago suya una frase de



Sylvia Molloy: “En cierta forma, ya he sido relatado, por la misma historia que voy narrando”.

DUELOS



AYOTZINAPA¹

Para Elena Poniatowska

Al recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras,
irisaba todo de colores, se bebía el agua de la tierra,
jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire.

Si yo escuchaba solamente el silencio
era porque aún no estaba acostumbrado al silencio;
tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces.
De voces, sí.
Y aquí, donde el aire era escaso, se oían mejor.

A centenares de metros, encima de todas las nubes,
más allá de todo.

¹ En memoria de José Emilio Pacheco. Con frases y palabras de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo.



En la destiladera las gotas caen una tras otra.
Uno oye, salida de la piedra, el agua clara caer sobre el cántaro.
Uno oye.

Ecos encerrados en el hueco de las paredes
o debajo de las piedras.
Sientes que te van pisando los pasos.
Oyes crujidos.

Oía de vez en cuando el sonido de las palabras.
Las palabras que había oído hasta entonces no tenían ningún sonido,
no sonaban.
Se sentían, pero sin sonido, como las que se oyen durante los sueños.

Como que se van las voces.
Como que se pierde su ruido.



Como que se ahogan.
Ya nadie dice nada.

¿No me oyes?

Y es que no había aire;
Sólo la noche entorpecida, y quieta.
No había aire.
Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca,
deteniéndolo con las manos antes de que se fuera.
Se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre.

¡No oigo lo que estás diciendo!
¿O no estás diciendo nada?
¿Qué es lo que dices?



Los vientos siguieron soplando todos esos días.
La lluvia se había ido; pero el viento se quedó.
De noche gemía, gemía largamente.
Pabellones de nubes pasaban en silencio por el cielo
como si caminaran rozando la tierra.

Trago saliva espumosa;
mastico terrones plagados de gusanos que se anudan en la garganta
y raspan la pared del paladar.
Mi boca se hunde,
retorciéndose en muecas,
perforada por los dientes que la taladran y devoran.
La nariz se reblandece.
La gelatina de los ojos se derrite.
Los cabellos arden en una sola llamarada.



Tengo memoria de haber visto algo así como nubes espumosas
haciendo remolino sobre mi cabeza
y luego enjuagarme con aquella espuma
y perderme en su nublazón.

Fue lo último que vi.

De
MILI, EN LO INACABADO MUTANTE
(2019)



TRÁGICO ACCIDENTE. MUERE NIÑA
DE TRES AÑOS DE EDAD EN LA COLONIA ROMA

México, D. F., 16 de mayo de 1962. *Últimas Noticias*

Por Armando Liborio

Ayer, a las 5:00 p.m., un coche arrolló a una niña de escasos tres años de edad, en la calle de Zacatecas, esquina Jalapa, Colonia Roma, de esta ciudad. El conductor se dio a la fuga. Varios testigos indicaron que se trataba de un coche Plymouth del año, que iba a alta velocidad. Un niño de cuatro años de edad, hermano de la víctima, presenció el accidente, pero no pudo responder a ninguna de las preguntas de la policía. La niña murió en la ambulancia mientras se dirigían al hospital más cercano. A estas horas no se ha identificado el nombre de la occisa.



MILI, EN LO INACABADO MUTANTE

(Vela) lo inacabado mutante (ve) la fiera (inventada) de la noche retrocede (desanima) la purga furtiva en que tu retrato devela el hollín (del encéfalo) (di) si los silencios resplandecen (vuela) en lámina (mancha) escarlata (crece) por debajo (rizoma) (absorbe) el golpe quién eres (Mili) con tu piel fragante y las crines (gordas) (rezonga) espiritual devienes corteza áspera (astilla) (come) chilaquiles (embadurna) mole (ríe) la velocidad trina con los pájaros (suelta) los dedos (escurridizos) (obedece) momia (unge) la lengua en el asfalto (muerde) cerrojo a la izquierda (papá) microscopio de los vértices (anuda) las señas (vuélvete) infanta enana (para siempre) (enargola) tu rastro (voz) (emerge) el territorio inocuo (deshabitado) Luvina (toca) la elisión (ocurre) del ozono al oxígeno (asfixia) (pon) punto (pliegues) del alma (espera) te alcanzo (dame) la mano



MILI RIELA CERCA

Suelas descarnadas (¿adónde está el cuerpo? dime) El paño rojo de la vereda anuncia un vacío de mundo (¿con qué me quedo aquí? ¡responde!) Sara vuelves Mili devienes todo hasta la punta de mis dedos: no me sofoques Cien huevos al abismo en el boquete de las escaleras: así contesta mamá La madera el esplendente marco a oscuras (no te hemos perdido aún) y tus labios (belfos)

Desanudo las agujetas (me tiro al agua) Me vuelco sobre Yiti: reanuda la regresión A los cuatro doy vuelta frente a las estrellas (relámpago) La perplejidad del niño: ¿qué es eso? (alguien) explique No me toques los hombros tuerce (la vista) alcanza la escena enreda (el cuerpo) hazte víbora acude para no ver

Cuántas huellas (colores) Debajo de la cama sólo percibo el perfume de sal y los aullidos Cuándo el tiempo (sopor) Cuál dios si las cuatro llantas



la atraviesan (;para dónde va en ese vuelo?) A ese que no conozco, lo veo retroceder, le crecen las patas (va paulatinamente metiendo la cabeza) lo traga el asfalto Y a todo esto para qué se inflan (las manos) ¿Adónde vas?

Mili (no me mires) riela cerca las teclas (no obtures) el enfisema no deja pasar (oxígeno) La algarabía ensordece (los párpados) Mártir del sol (palidez cósmica) la letra se viene (esperma): burbujas (bullen) los páramos Sólo me queda el verde en blanco y negro amarillento (cierra el obturador) girasol (mutante) dime si estoy



MILI ROZA LUZ

Paella cabrito y morcilla (deshiela) la niña que resbala Un señor (nariz nerviosa) la pesca (se deja morder) (patalea) Los torrentes pantanosos anegan la mesa Mueca desde tu patio (mamá) mueve el cero (arrima) las hojas (agrega) tus uñas a la fritanga (sal) llanto

Ahora ya sabe las brazadas epopéyicas para rozar la luz en alta marea (Lisi) David (en la sombra de Isaac) va deshilvanando las argucias (inventa) cada uno de los filamentos (intuye las letras) rescata los grosores de la tinta vuelven los mocos Uri y Suri (brazo a hombro) quitan del plato remilgos (natas) oscuras (hágalo otra vez): chimichanga

Ya no hay aire (estas piedras) encima del laberinto Multitud en el mantel (alto nilo) mareas de lo irreconocible en las teclas (descuajaringadas) Somos virtuales atónitos (qué) nos miran desde las paredes ladrillo (no oyes) ¿Quiénes desordenan el festín? (¡arremete!) El teléfono interferido



(deja palpar) la aguja sobre el cristal Lobo ahuyentado por un desierto
(oscuro)

Mili roza luz: dedos enroscados en líquidos (concéntricos) No hay nada
(ella) en la taza (mueca) Clic ¡La cuenta! Ya nos vidrios...



MILI, ATÓNITO (EN UN INFARTO)

Remilgos (pesto) de olivo en alcachofa La vocinglera del pasado
(nebulosidades) Custodian sondas (la arteria) El espesor rojo en un vaivén
del creciente (orinoco) miocardio fofo

Natán embalado (histeria) Carreras inútiles: neuma irresoluto (carnicería)
¿A qué a quién esperamos? (¿cuándo?)

El anciano (fetal) desvela entre las sombras: un niño (cuatro) lo mira
atónito El párpado respira (oscuro) la epidermis labial (hedor) arroja gas
desde el vientre exhuma su voz: Mili (expira) (sonríe)



MILI, RÍO EN LA MARISMA

El polvo (dime dime ¿dónde?) se interpone La cara (volátil) nada (columpios de fuego) entre el rizomar del parque (Ajusco) (en la Roma) La sonrisa (en breve cárcel) pende del cartón (amargo amarillo estrujado) que la contiene (dibujos del cielo) Los ojos fijos (despierta infinito) en los míos (nuca traspasada) Su estupor vacila (abrir las puertas) ante el azar (¿en qué momento el nunca decidirá la suerte?) Los dados (loco loco ¿qué miras?) del otro (el tercero inefable) se detienen (los engarroto rompiéndolos con el puño) indefinidamente en el aire (vuela vuela no vuelvas vela) La sequedad (festines de paz) me reanima en el hoyo (Mili Mili ya llegué) Volteo (tierra delante) espantado (descubrir la vida) Sus manos (siempre la palidez) repasan los labios amoratados (voz voces ahogadas) Desde el silencio (aguanta Mili ya pronto te diré) se oyen los movimientos (terremoto inútil) de la tierra (agua necesito agua) Ella (huesos) emite un sonido (¿cuál? no te distraigas) Yo (¿en qué momento mi huella en la hoja?) desaparezco (río en la marisma)



MILI, DATOS PRECISOS, MI AUSENCIA

Llega con sorpresa (no hay quinto malo) ¿qué fue? ¡Niña niña! Sol
resplandeciente (ciega) Mili (pura i) ilumina destella sutura (rosh) completa
(pescado) pan redondo (Mili) cíclica enseña 15 de mayo astróloga infanta
eterna (ilusión)

Dos barbones miran (estupefactos) huérfanos Mili gatea avanza Papá
parpadea (le corroen las heridas) ni un mes y dobla (luto) sentado en el
suelo (¿quién lo consuela?) Cae (oscuro) en la nada No camina no hace
(ni una mueca) no mueve labios (dientes) (lengua) gime sordo Abandona
(fracasa) se desmorona La tía lee el café (sedimentos) se transgrede (la
rutina) La tienda (otra vez) con su dueña

A las cinco (en punto) de la tarde 14 de mayo (faltaba un día) (¿por qué
no tres?) de 1962 (recuerda al poeta) No era jueves ni viernes ni llovía
ni era París (era) Roma (no sé qué calle) (escampó) un Plymouth (¿de



qué color?) la arrolló (yo) (en el túnel sin luz) ¿quién fue? el conductor
(abominado) salta escapa Dime (Elí) anega las puntas de los pies Quebrado
(roto) ausente (papá) ojos (atónito) Desprendida de sí (mamá) rasgada, dos
(gemelos) en el vientre alentarán (porvenir) su lucha y la pena (la carcome)
Yiti (en su viudez) protege (sola) el maremágnum del dolor



ENSOÑACIONES FALACES

Soñó que era Yehuda haLeví,
escindido, con un ojo fijo en el santuario destruido
y el otro perdido entre los manjares y los deleites,
náufrago, fugaz, en la travesía perpetua por el Mediterráneo;

luego se dijo que reencarnaba a Hasday ibn Shaprut,
inventando los recovecos y el esplendor de Al Andalus,
la luz y las aguas del *gan eden*,
que derrama el cielo en moradas apacibles,
los antídotos contra venenos atroces;

más tarde se acordó que también fue Moisés de León,
urdiendo el galimatías del *Libro del Esplendor*,
buscando afanosamente en los contornos y sumas
el misterio de la creación y la eternidad;



quiso también ser Juana Inés de la Cruz,
con la mirada perpleja ante una biblioteca pletórica
que debía leer letra a letra,
en busca de la iluminación del orbe para poder despertar;

la semana pasada se fue volando a Estambul
para acordarse que su hermano gemelo,
alto, delgado y guapo,
recorría las aguas melancólicas del Bósforo
para sanarse de todos los males.

Por eso vino acá,
para saber si su demencia tiene cura,
para que alguien lo pellizque, se despierte,
y vuelva a ser nadie,
nada,



salvo el rescoldo del dolor
la herida perenne
del descalabro
de Mili

DE
LOS DOLIENTES
(2004)



Los dolientes (fragmentos)

1

ÚLTIMOS MINUTOS DE 29 ELUL 5756 (YOM SHISHI) / 1 TISHREI 5757 (SHABAT)

ROSH HASHANÁ

13 SEPTIEMBRE 1996 (VIERNES)

ONEN. Se le llama ONEN a la persona en duelo antes del entierro; después del entierro se le llama AVEL. El onen puede comer antes del entierro, mas no podrá comer carne ni beber vino. Asimismo, le está prohibido rasurarse y bañarse. No se puede comer o fumar en la misma habitación donde se encuentra el difunto.

¡Shemá Israel Adonai elohenu, Adonai ejad! ¡Shemá Israel Adonai elohenu, Adonai ejad! Era mamá, que repetía las palabras esperando un milagro. Gritaba y una mueca le distorsionaba el rostro. Mamá sabía que era el fin, que esta vez en definitiva ya no se podría hacer nada. Allí estaba papá, de nuevo haciendo gestos de sofocación. Pero ahora todo su cuerpo había comenzado a saltar sobre la cama. Ceci, Musa, Beni y la tía Rosa,



que estaban en la sala de al lado, platicando, corrieron al oír los gritos. Los enfermeros y el doctor de guardia se les adelantaron y les prohibieron entrar. *Ya le hablaron al Dr. Charabati. Viene en camino.* Entraban y salían desesperados, con caras de angustia, trayendo y llevando aparatos. Lanzando un *¡carajo, Ortiz, muévase!* Después, ya sin regaños ni amenazas, pidieron hablar con Jaime, *Venga por favor. No, que no se metan todos. Tenemos que hablar con él, solo.* Pero mamá ya estaba en el cuarto. Todos mirábamos a papá, con los ojos abiertos, fijos, la venda en la cabeza y los brazos amoratados. Las máquinas ya no emitían ningún ruido ni saltaban las cifras en rojo. Mamá se empezó a dar de cachetadas en la cara. *¡Agárrala, no la dejes, se va a lastimar!* dijo Abram con lágrimas en los ojos. *¡Ya se nos fue!*, alcanzó a decir mamá entre un gemido y otro. Todos, desesperados, con la cabeza baja, viendo a papá que mira sin mirar; el rostro plácido, sí, la eterna calma. Mamá retorció todo el cuerpo, como queriéndose desmayar. La otra cuñada, Elena, reaccionando: *Agárrala, agárrala, Ceci, no te quedes parada. ¡Agárrala!* Pero mamá no quería que la tocaran. *Llámenle a Charabati o a García,* gritó Jaime, *a lo mejor sí hay*



manera. *¡Hay que luchar!* Mamá se jalaba el cabello; su llanto, vociferante, descargaba la angustia aguantada por mucho tiempo.

Ni Jaime ni ninguno de nosotros sabíamos qué hacer. El primo Elías Hanono llamó por el celular desde la fábrica. *Escúchame, Jaime. No se queden así. No puede estar descubierto. Ciérrale los ojos, acuéstalo en el piso y tápalo con una sábana. Tienes que hacerlo tú, porque eres el mayor. Consigan dos velas y las ponen al lado de la cabeza. Le voy a hablar a Teófilo Buzali, el de la Jebrá.* Jaime, reaccionando, idiotizado, con voz tenue. *¿La Jebrá?, ¿qué es eso de la Jebrá? No, mejor háblale a León Hamui, él se las sabe de todas todas y nos va a decir qué hacer.* Pero el primo insistía. *No, Jaime, yo sé lo que te digo, no te preocupes. Te vuelvo a hablar. Dile a tu cuñada que no use el teléfono. Me costó mucho trabajo comunicarme.* Y otra vez a la escena. Uno de nosotros le tocó los párpados, por última vez. Sintió la piel tibia, casi fría, y vio con amargura la cama horizontal. Pensó, para sí, *se acabó el amor, se fue el cariñoso (no, mano, estás mal, a tu papá le tienes que dar su beso).* Jaime le puso la sábana sobre la cabeza, pero dudamos en ponerlo en el suelo. Ahora era David el que se escondía debajo de sus brazos y se le



salían los mocos. Y al rato, ¿qué horas son?, *habla Teófilo Buzali, shafalcon. Mira, roji, calma a tu mamá, tranquilícense. Ahorita no vamos a poder hacer nada. No lo vamos a poder enterrar. En fiestas se para todo. Además es Shabat. Tu primo Elías te dijo mal. No pueden ni ponerle velas ni acostarlo en el piso; lo van a tener que bajar al refrigerador, roji. Yo voy a arreglar todo con los del hospital. Ustedes ya váyanse a su casa. Dile a tu hermano Beni que arregle el acta de defunción de una vez. Allí la llenan. Mira, no le pueden avisar a nadie. La verdad es que por algo se murió hoy; es una fecha sagrada, en vísperas de Rosh Hashaná y también de Shabat. Dios así lo quiso.*

2

Llegamos al knis justo cuando se disponían a sacar el sefer. *Siéntense atrás. Cuando venga el jajam le hacen todas las preguntas que quieran. No digan kadish. Recen normal. Shafalcon, jóvenes; qué no vean nada mal, nos dijo el shamosh, pero nosotros no nos dábamos por vencidos. Mira, Jaime, yo*



*te digo que tenemos que decirlo, cómo crees, ¿estamos de luto o no?, insistía Saqui, pero Jaime quería hacerlo todo como debe ser. No, espérate. Ahorita viene Salomón Amiga y le preguntamos; aguántense. Y allá, al frente, el jazán seguía cantando. Todos entraban al knis y nos veían, pobrecitos, se les acaba de morir su papá. Y no sabían si acercarse o no, si saludarnos o no, si estaba permitido darle un abrazo a un onen. Porque eso sí, a un avel no se puede, es de mala suerte. Pero nosotros aún no éramos avelim, y pocos sabían las reglas de los onen. De todos modos, claro, muchos venían y se acercaban y decían *shafalcon, mano*. Otros sólo con vernos los rostros acongojados, y los párpados hinchados, ya con la facha del no rasurado, aunque sea de un solo día. Oye, quién se les murió. El papá, el papá. Pero no grites, te van a oír, se escuchaba dos filas adelante. Y todos en el knis estaban atentos, a ver qué hacen, ya viene el kadish, a ver si lo dicen o no. Uno de nosotros se adelanta y comienza a decir *yitgadal veyitkadash...* pero luego luego alguien gritó *no David, no David, no se puede*. Y el shamosh, a paso veloz, casi corriendo, vino a darnos instrucciones, ya les dije, jóvenes, ahorita no.*

[...]



David volvió a la realidad del knis, a Rosh Hashaná, a ver las puertas abiertas del cielo y no sabía cómo pedir perdón, salvo que se imaginaba que había que rezar kadish a como diera lugar. Ya ahora estaban terminando la amidá. Jaime se aproximó al jajam Rayek, *necesitamos decir kadish, pero el shamosh dice que no. No sabemos qué hacer. El jajam nos miró por un instante y replicó, sí, sí pueden. No está escrito en ninguna parte que no se puede. Si ustedes sienten que lo quieren decir, díganlo.* Todos en el knis escuchaban la conversación. *¡No, no se puede!, jese jajam es muy moderno!* Las palabras del rabino fueron un alivio para todos, pero especialmente para David que se arrancó con los demás enlutados, aunque se tropezaba a cada momento, atragantándose con las palabras, sin saber cómo pronunciar algunas de ellas. Y esto le hizo recordar el kidush de Shabat; pensar cómo papá se ponía al frente de la mesa, buscaba afanosamente la página correspondiente en la tefilá... *yom hashishí vayejalo ha... shamaim vehaaretz vejol tzeváam...* Oír esa voz temblorosa, tambaleante, que titubeaba a cada segmento, hasta después darse por vencido y decirle a Suri, *javod, hazlo tío, hijo, por favor.* Y David ahora es papá. Nosotros somos papá. Pero papá no está aquí y decimos kadish (con



nuestras propias voces temblorosas y tambaleantes), aunque todos nos miran incrédulos este día del Año Nuevo, mientras el cuerpo de papá nos espera en el sótano del hospital: *yitgadal veyitkadash sheme rabá. ¡Amén!...*

Glosario

Avel (plural: *Avelim*): Hebreo. Persona(s) que está(n) de luto después del entierro de su ser querido.

Elul: último mes del año, en el calendario judío.

Jajam: Hebreo/ Árabe. Sabio / rabino.

Javod: Hebreo. Respeto.

Jazán: Hebreo. Cantor que lleva los rezos en la sinagoga.

Jebrá [Kadishá]: Hebreo. Grupo de personas que se encarga de los preparativos y entierro del difunto. Literalmente, quiere decir “confraternidad sagrada”.

Kadish: Hebreo. Santificación. Oración para glorificar a Dios, que dicen las personas que están de luto.

Kidush: Hebreo. Oración para bendecir el vino de *Shabat*.



Knis: Árabe. sinagoga

Onen: Hebreo. Persona que está de luto antes del entierro de su ser querido.

Roji: Árabe. Término de cariño. Mi alma.

Rosh Hashaná: Hebreo. Fiesta de año nuevo. Se celebra dos días en la diáspora. Literalmente, quiere decir “cabeza del año”.

Sefer: Hebreo. Libro, para referirse al Libro de la Torá

Shabat: Hebreo. Día del descanso. Inicia al anochecer del viernes y termina al anochecer del sábado.

Shafalkon: Árabe. Que Dios los consuele.

Shamosb: Hebreo. Asistente en la sinagoga.

Shemá: Hebreo. Rezo principal de la liturgia judía. Comienza con *Shemá Israel Adonai Eloheinu Adonai Ejad*: Oye Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno.

Tefilá: Hebreo. Libro de rezo.

Tishrei: primer mes del año, en el calendario judío.

Yitgadal veyitkadash...: Arameo. Palabras iniciales del *kadish*.

Yom hashishí...: Hebreo. Palabras iniciales del rezo de inicios del Shabat.

DE
POR TIERRAS EXTRAÑAS
(2019)



EN BUSCA DEL HORNO PRIMIGENIO

Tahona estuosa de mis bizcochos

CÉSAR VALLEJO

Todos salimos de un horno o, quizá, de un caribe estival con aguas azul turquesa. Del horno emana el pan. Venía acompañado de un hombre grueso, montado en una bicicleta grande, con una enorme canasta redonda sobre la cabeza. Diario repartía, creo, dos docenas de pan árabe. Y los viernes, casi como premio y regocijo de nuestros paladares, traía roscas y las arracadas, ese pan crujiente, abombado con ajonjolí, que comíamos con el *leban* seco.

Cada semana aparecía en el lavabo de la cocina una especie de seno que fluctuaba su consistencia a medida que pasaban las horas, de aguadísimo y escurriente al principio, a sólido y moldeable cuando ya estaba listo. Mamá hervía leche con una tasa de yogurt y luego tapaba la olla con varias toallas; después de un día estaba todo cortado y cuajado como yogurt. Ese *leban*



aguado era el acompañante perfecto de los huevos revueltos (los estrellados casi siempre iban a la ranchera). Algunos de mis familiares rebanaban chile verde y decían que el *leban* amortigua el picante, además del pan árabe. Pero en otras ocasiones ese yogurt escurría en un trapo limpio y blanco. No eran gotas dulces de leche materna, sino un suero amargo que llegué a probar (a los cuatro o cinco años) solo una vez. Cuando mamá destapaba el trapo, el *leban* (jocoque, decía, para evitar dar más explicaciones) aparecía reluciente, cremoso, blanquísimo. Ya puesto en un plato grande, y aderezado con aceite de oliva, y quizá con un par de aceitunas negras, estaba a la espera del pan duro y tostado. También había rosas, que eran para sopear en el café turco. Seguramente di mis primeros sorbos de café, succionando y masticando en la superficie porosa de las rosas. Siempre que había invitados, traían una charola con varias tazas de café, rosas, quizá algunas frutas y, muy de vez en cuando, nueces de la India o dátiles.

Una vez mamá pensó que yo tenía la suficiente edad para ir al horno. El sitio estaba, creía yo, en Córdoba (tal vez a la Córdoba andaluza habría que ir para recobrar el origen), es decir, en la calle de Córdoba, en la colonia



Roma. Pero no, me equivoco, en la calle de Córdoba estaba un antiguo *knis* de los *jalebis*; uno de los más esplendorosos de su tiempo (allí se casaron mis padres), y también el lugar, creo, donde se daban los tés danzantes, en que se reunían los jóvenes de la comunidad para conocerse y bailar los domingos (alguien me ha corregido y me ha dicho que estos bailes sucedían en la calle de Coahuila). En fin, no sé en qué calle estaba el horno (nunca sabremos dónde está el origen), pero recuerdo que llevábamos una gran olla donde mamá había preparado la carne molida y las especias del *lahmbayín*. No se me apetecía en lo absoluto así, crudo. El viaje de nuestra casa al horno me parecía larguísimo, cruzando varias calles vacías, como si se tratara del desierto. Mis dos hermanos llevaban la olla más que pesada para tantas cuadras. La puerta del horno en la calle era pequeñísima, considerando que por dentro era un lugar muy profundo, con mesas largas, seguramente donde preparaban la masa. En la otra orilla del lugar estaba una puerta chica de un horno que era gigantesco. Apenas abrían esa puerta, salían olas cálidas que hacían sudar copiosamente a los panaderos. Por la tarde que podía ser de un viernes (había que llegar temprano porque respetaban



rigurosamente el *shabat*) ya estaba listo, calentísimo. El *lahmbayín* así, sacado del horno, era la exquisitez más grande con la que viene toda la infancia, como si estuviera lloviendo y cada gota fuera un recuerdo. No sé si mamá había alterado la receta original, pero seguro había algo de picante en este *lahmbayín* que comíamos caminando, mientras volvíamos a casa, enrollándolo como si fuera taco, aunque fuera tan distinto de la tortilla con su masa fresca de harina y muy carnosas. Las especias que combinan lo dulce (tamarindo) y lo picante (no sé qué chile) lo hacían único, incomparable, como nuestra propia madre.

Otro horno era el de la casa, de donde salían los *mamules*, los cuernitos de chocolate, los polvorones, siempre en *Purim*, y muchas veces durante el año. Mis bizcochos favoritos eran (no recuerdo el nombre) una especie de crepas fritas de trigo, o buñuelos en forma de empanada, rellenas de nueces y bañadas en miel (ya, ya me lo recordaron; se llaman *atayeff*). Lo dulce del calor del hogar es, necesariamente, nuestra infancia, el paraíso perdido en que se nos consiente esa atracción por lo acaramelado tan propio de la edad, que emana como recuerdo de la leche materna.



De vez en cuando, pero necesariamente un viernes por la noche, para la cena de *shabat*, mamá sacaba un plato enorme con *kipes* pequeños, papas y unos hongos rojos de gran tamaño: “comida de reyes”, anunciaba con una sonrisa llena de orgullo. Y siempre salía Jaime para reírse de los reyes, y decía “ahora pásame una coca de reyes, un pan árabe de reyes y la sal, que es exclusiva de la sangre noble”. Ella nos dejaba vacilar y sólo alcanzaba a decir que esos hongos eran carísimos en esas tierras de los abuelos, y sólo los muy ricos podían pagarlos. Pero no había nadie, ningún abuelo, para confirmarlo. Claro que ése era uno más de los platos típicos de la cena porque nunca podían faltar los *kipes* grandes de arroz (los que van en forma ovalada). Por cierto, he logrado encontrar en casi cualquier lugar de comida libanesa o siria, los *kipes* de trigo, pero nunca los de arroz. Yo creo que a lo mejor esos *kipes* de arroz eran comida exclusiva de las zonas de mis paisanos en Damasco. De hecho, ahora que lo pienso, los *jalebis* tampoco los acostumbran. Yo les sacaba la carne molida de dentro, y los rellenaba de aguacate, aunque se supone que debía embarrarle *tejine* de berenjena. De niño, prefería las *esfijas*, más conocidas como gordas, pero en lugar de



tortillas abombadas llenas de frijoles, éstas eran *kipes* planos, con muy poca carne molida dentro. Esas *esfijas*, acompañadas de ensalada y guacamole son el sabor de casa que me acompañará toda mi vida. Aunque despreciaba la berenjena, ése es un gusto que con el tiempo se fue imponiendo, como ahora que cada vez que voy a un restaurante persa (para recordar, aunque sea remotamente a mamá) me muero por el *borani*, la berenjena como mantequilla, con sus cebollas doradas y ligeramente azucaradas. También, a menudo aparecían las calabacitas rellenas, siempre rebosadas, y con sabor agridulce por el tamarindo que había que atenuar con el arroz con fideos. Y ¿qué tal los *kipes bacha*, con salsa de tomate y chipotle? Mamá nos veía con los cachetes rojizos y regordetes y se sonreía a sí misma, siempre sirviéndonos más de la cuenta. Cuando tocaba que la cena de *shabat* fuera de queso, ella hacía calzones. Todos nosotros le pedíamos que los dejara dorar un poco más. Iban siempre con el *leban* aguado, y en combinación con rebanadas de chile verde.

Ahora que vuelvo a México de visita, me ha tocado comer tacos con carne *kosher* deshebrada (como si fuera barbacoa, ¿lo es?), con cebolla,



cilantro y diferentes tipos de salsa; las tortillas pequeñas. Eso es más fácil que hacer *kipes*. Mamá se reunía con sus hermanas y sus sobrinas, y cocinaban cientos de *kipes*, mientras se divertían chismeando de la comunidad. Eran horas y horas en la cocina, alrededor de una mesa grande, con los platos de aceite y la carne que había pasado por los molinos comprados en Alemania. Si me tocaba estar enfermo, y haberme quedado en casa, me sentaba en un rincón y era una delicia pasar desapercibido y escuchar las burlas y las carcajadas, mientras me robaba algún *kipe bacha* recién cocinado, o me comía una arracada con *leban seco*.

De la estufa salían también las ollas de arroz mexicano y el mole con pechugas de pollo para que nos hiciéramos los tacos el día de las madres en que mamá no descansaba; había otras ocasiones (en época navideña, aunque no recuerdo si era un día específico), en que hacía pozole de maíz, obviamente sin cerdo, pero sí con todos los condimentos tradicionales que no podían fallar: orégano, limón, rábanos, cebolla, aguacate y chile. El 5 de enero íbamos todos a la tienda de la Lagunilla a ayudar a vender abriguitos para niños; vendíamos mucho y había que estar muy alerta porque con



tanta gente en una tienda pequeña era muy fácil que nos robaran. Venía un señor de bigotes, con dos cajas de madera, una bolsa grande de pan telera, y otra llena con los ingredientes que usaba para preparar las tortas. Las hacía de queso de cerdo, y le ponía una salsa muy picante a base de chile verde picado, con todo y sus venas, aguacate, y no sé qué más, pero terminábamos por ordenar muchas porque nos enchilábamos y no podíamos parar de comer. Cada vez que llegaba la policía, él se escondía en uno de los probadores de la tienda. Mamá era feliz con sus hijos rechonchos comiendo sus tortas, y las ventas del mejor día del año.

Cada vez que yo llegaba desde Estados Unidos para pasar unos días con la familia en México, mamá me recogía en el aeropuerto. Al entrar a la casa el olor de los *sambusek*, desde el horno inundaba la cocina. El *sambusek* tiene un valor sentimental irremplazable para mí. Son las empanadas de la vuelta, las del regreso al hogar. No me las puedo imaginar sin mamá en la casa, sin el café turco y las rosas y la fruta, a altas horas de la noche, con las pláticas atropelladas que lo quieren contar todo y se interrumpen a cada instante con carcajadas, guiños y chistes familiares que



se repiten incesantemente. Ahora que mamá ha desaparecido, que la casa está deshabitada, que la tienda de la Lagunilla ya no nos pertenece, que las cenas de *shabat* se han disipado, me pregunto ¿adónde hay que volver?, ¿dónde quedaron mis *madelaines* proustianas, la hora de la vuelta en que ella aparecía con sus cachetes rechonchos y suaves para regalarme los besos del amor?, ¿dónde está el horno de mi pasado?, *¿di, mamá?*



MEMORIAS HECHAS PEDAZOS

(Siria, 2009)

La lengua recóndita

Volví a la infancia, a la adolescencia; mamá se escuchaba por todas partes, casi como eco de lo que yo oía y no entendía, pero trataba –a veces con éxito, a veces inútilmente– de comprender. Era el idioma de papá y mamá, el de las abuelas, el de las tías, en el que comenzaba la conversación con “*l’ulad*” (los niños), aunque luego descubro en un diccionario del árabe que niños se dice *walad*; era el idioma íntimo, el de la complicidad, el del código secreto; unas cuantas expresiones que ahora que estoy en Damasco oigo a borbotones. “*Allah saha*”, que tal vez no había oído en más de veinte años y que mamá usaba poco, de vez en cuando, cuando nos deseaba salud, y lo decía en lugar de *aguafi sahtén*, el buen provecho, o que el Dios te dé salud. Ahora, en la boca del mesero me hace sentir como si ese muchacho fuera un hermano, o alguien muy cercano a la familia. Pero lo divertido es



que yo andaba por las calles y le decía a los comerciantes, para sacarles una sonrisa *“Ana shami meksikan”* y ellos se reían conmigo y celebraban que yo fuera su paisano de México, y me exhortaban para entrar con un *“fotal”* haciéndome pasar a sus tiendas, del mismo modo que mamá hacía pasar a las visitas que llegaban a la casa.

Con el poco árabe, con las escasísimas palabras, mi hermano y yo lográbamos comunicarnos con Mohammed, nuestro taxista, aunque acudíamos a las señas también cuando las palabras ya no daban de sí. Mohammed nos refería a su familia con cuatro hijos mientras recorríamos Siria, de norte a sur, y de oeste a este, casi en la frontera con Irak, y en ese espléndido sitio, Palmira, las ruinas romanas en medio del desierto. Y venían más expresiones a mi mente acompañadas de la voz de mamá, casi susurrándome al oído *“haratl bereke”*, aunque en esta ocasión sea sólo eufonía del vocablo, pero no acababa de comprender qué deseos en qué fiesta se manifestaban. Por supuesto que también regresaba el *“maafi masari”* (no hay dinero), el *“Allah ke fak”* que mi hermano y su hijo se empeñaban en traducir al español del D. F. como “chido”, “chido”, haciendo repetir



la palabra a taxistas, guardias, meseros, y todo aquel que se cruzaba en nuestro camino, extendiendo el pulgar derecho (aunque en una de esas mi hermano se automachucó el dedo con la puerta de un taxi). Lo interesante es que mamá jamás pisó Siria, pero toda ella era Damasco, con su generosa hospitalidad y con una herencia milenaria de comerciante, idéntica a la que observé en Yusef, el comerciante musulmán devoto que gozaba con el regateo, como si se tratara de una suerte de juego de ajedrez, pensando antes que el oponente, adivinando la próxima jugada para ganar la partida y hacer “jaque mate” con una venta que le proveyera satisfacción. Nosotros, por supuesto, tuvimos que volver a nuestras raíces —fracasadas porque terminamos por abandonar el comercio— y no sentirnos tan defraudados con nuestro poder de negociadores que salen con amplia sonrisa, seguros de haber conseguido un buen precio por la compra (aunque nunca sepamos si nos dieron gato por liebre).

En fin, el idioma que estaba casi muerto en nuestras bocas (aunque cada vez más vivo y difundido en el mundo) volvió a susurrarnos al oído, y muchos de sus habitantes fueron desconocidos que adquirían



cierta intimidad en nuestro sentir. Despedimos a Mohammed el taxista, con un abrazo y un “*Allah ma’ak*”, un “*Allah shmiro*”, que parecía como si fuera nuestro primo. Pero quizá el momento más sobrecogedor de este sentimiento se dio con el taxista que nos llevaba al aeropuerto, ya dispuestos a volver a nuestras casas. Sin pedirle ni preguntarle, comenzó a cantar todo tipo de canciones; yo, animado, le pedí una canción de cuna que oí de labios de papá, y con una ternura y un cariño se volcó a cantarnos una melodía que me era ajena, pero a la vez profundamente íntima. Era, quizá, lo que yo deseaba de este viaje a mis raíces, cada vez más perdidas, y notablemente en ruinas como las casas que se caen a pedazos en el barrio judío de la ciudad vieja de Damasco.



ÁRVOLES YORAN POR LUVYAS: EN ESTAMBOL TE VO A BUSHKAR
(Turquía, 2015)

Pamuk y yo

Estamos a punto de despegar y leo las primeras páginas de *Istanbul. Memories and the City* (*Estambul. Ciudad y recuerdos*), en inglés, de Orhan Pamuk. Me impacta su inicio: dice haber pensado desde muy pequeño, a los cinco años de edad, el tener un hermano gemelo (o su doble) que vivía en otra casa semejante a la suya, ubicada en una calle parecida de Estambul. Ese otro yo lo obsesionaba en su infancia y adolescencia, ya sea como fantasma, fantasía o pesadilla. “Cuando me sentía desdichado, comenzaba a imaginar que iría a otra casa, a otra vida, al lugar donde vivía el otro Orhan y, de repente, empezaba a creermme un poco que yo era ese otro Orhan y me entretenía con los sueños de felicidad. Esos sueños me hacían tan feliz que ya no sentía la necesidad de irme a otra casa.” Luego, veo con pasmo, que Pamuk y yo somos parecidos, al menos según las fotos que aparecen de él de niño.

•66•



Me imagino que yo podría ser ese doble de Pamuk, aunque nacido en otra ciudad y en otro continente. Luego reflexiono que esa noción del otro pasa por mi mente, pero ya no tanto en referencia al niño que fui sino al adulto. ¿A qué voy a Turquía si no es a buscarme a mí mismo, ese otro desconocido para mí, pero a la vez idéntico a mí, con los mismos genes? ¿Quién será ese otro Jacobo que deambula en las calles de Estambul e imagina a su gemelo emigrado que come tacos y hamburguesas? Quizá sea esa necesidad de verme como otro, trasplantado, en la ausencia de mí. Es ese espacio también de la infancia en que me arrebataron a mi hermana, sí, a los cinco años míos, mi casi gemela que voló hecha trizas, arrollada por un automóvil. Seguramente esa fractura, esa muerte que internalicé tantos años, aflora de muchas maneras, me haga seguir buscando inútilmente ese otro yo elusivo e imposible.

[...]

Escudriño a cada uno de los hombres que encuentro en el camino para ver si me reconozco. Sí, pero no, digo en mis adentros. Se parecen, podrían



ser familiares o conocidos, pero no, no son como yo. Me encontraré con Orhan Pamuk, en este Cuerno de Oro. Saldrá con sus amigos a la calle y lo veré de frente, alto, delgado y guapo, como si fuera la antítesis, el negativo de la foto que me revela mi propia cara. Le diré que lo he estado buscando desde hace siglos. Él me verá a los ojos por un segundo y seguirá hablando al micrófono de alguien que lo entrevista, pasando a mi lado, sin voltear. Yo le diré a su sombra:

—Pamuk, soy yo, ¿no me reconoces? Soy ese otro que se fue, que huye despavorido por el mundo, que busca afanosa e infructuosamente a ese ser inexistente, más allá de los mares y de los ríos. *Mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido*. Dame la mano, ayúdame a cruzar la calle, otórgame fuerzas para que Mili emerja de nuevo y hable en la tierra con el lenguaje de las nubes.

REVERBERACIONES

DE
ALFABETO AMOROSO
(inédito)



/A/
anaranjada

debo comenzar con la a
para cantar el amor con el abecedario
las letras y las sílabas altas
con ah
de asombro
y a
de atarantado
arriba y abajo
y ahora
con esa a
que alegra
anaranjada
y con la a que
alienta



y vuela para llamar
azafranada
alocada
la caricia
hasta la mar
alcanza
la que allá va
arrasa
arrastra
la a paradisiaca



/E/
eterfinifrete

esquela del mequetrefe

ve

la E

que se mueve

esplendente

bebe

emerge

efervescente

es la e celeste

que teje



tu tez
y te ve
y enceguece
la e que puntea
el orbe
en su tridente
la e que precede
el hemisferio
de Occidente
también es la e
que te ve
desde Oriente
la e que contiene
la pared
los cielos
y el tres



de pie

la E

te espejea

bebe

para perderse

la E

del génesis

la del Quijote

la que abre su orbe

desde la izquierda

como eco de la

BET

de la derecha

que la ve chispeante



del frente y su revés

es el

eje

que te mueve

en un vaivén

del deleite

y se convierte

en eme

o en doble ve

con la E somos peces

que ceden a la corriente

desde el

eterfinifrete



se es o no se es

ven

celestes

ven

tenme

no me dejes

no te alejes

afermosíguame

entona una e

balbucea

leve

abre

la compuerta

y dime

al oído

suavemente



con dulzura
entre venia y venia
que todo está muy bien

dime
mi bien
escribeme

en tu abecedario

la E espera en los veneros

que abren las aguas del edén



/I/
mi ti

te vi
 y viví
con la i
 a mil
insistí
 en el símil
 de un chipichipi
sinfn

fui un visir
 dirigí
el tic
 el sí



de la vid

fui tiquismiquis

con tics

r e v i v í

por ti

sirimiri

sirirí

lililí

incidí

dirimí

el fililí

Elaí

Elaí

Elaí



vivir

vidividi

mi ti

rubí

mimí

irisada

Elahim

DI

una i

y virará

la vía

de la i

en los iris

ibis

pitiminí



tintirintín

del sí

reí

carmesí

alhelí

imté

timí

mi i

di i



/O/

ocho con dos o

8 con dos o

como bizcochos

jocosos

por

las oes

cantando de dos en dos

como coro

con dos oboes

dos ojos

fosforosos

como yoyos



en lo alto

y en lo bajo

dos círculos

fóforos

somos

solo

o con o

yo con yo

delineo

el ocho

te esbozo

curvo



por el contorno
del torso
cruzo por el ombligo

toco el ojo
mojo
en lo hondo
lodoso
lo espumoso
en lo que toco
el oro
uno y otro
orondo
ufano
lloro
por el gozo
quieto en el arrobo



estupefacto en el asombro

bajo

en lo oscuro

me devaneo

en el retorno

de lo de abajo

como

bombón

relamo

y subo

otra vez

ondulando

con moto

veloz



somos zorroclocos

astros

círculos

transfigurados

en el cosmos

sueños

de dos oes

orondo

y lirondo

dos loros

dos osos

dos bombos

dos conos

mundos

redondos



contoneos
de los cielos
como serpientes
trenzadas
en los firmamentos
oblicuos
pegados

o con o
un solo
número
nosotros



somos

ocho

o con o

foforofos



/U/
ululumu

la u va ululando
por las curvas mustias
como uma
que hace muecas
en su columpio

laúdes con cuantiosa suavidad
la u susurra su música dulce
musita en los oídos la luz de su figura

la u va deglutiendo uvas
ufanándose en sus úvulas
muerde sutilmente las puntas



degusta los dulces de su piel
chupa relame con fortuna

la u lúcida

 húmeda en sus húmeros
urde ubicuas lluvias
muestra sus cúspides
 púrpuras
unta tenues almizcladuras

en la barahúnda

la u con sucumusucu
vuela con burbujas
súbita subida
a las alturas de los augurios



la u del cucurrucucú
con que musito los murmullos
de Venus en la profundidad y en la superficie

la u de los unguentos
la u del vudú
la u de lulú
la u del manguruyú
la u de los querubines
la u de la lujuria
con que se mueven los universos

la u de la mu y una vuela con la luna
resucita en su júbilo
con que encumbro tu hermosura



/F/
divertimento con f

*con fuoco d'occhi un nostalgico lupo
scorre la quiete nuda*

UNGARETTI

el fulgor azul fuego fatuo
fiero de la faena
y sigo afanosamente atado
fiel a tu formidable finura

el follaje
 funde fosos
fábula febril
 filamento de fuego



en su magnificencia

dame tu diáfana luna

frucción de tu fruto

furtivo

fosforescente



/G/
en las grupas de la G

goloso

y con agrado

voy por la gruta

gozoso

como garza grácil

con un mango

gustoso

grazno

grito

gano

grandioso

relamido



agarrado
a las crines
a pelo

en las aguas
cabalgando

aguardando
9

y será una gozada
en las grupas
de la G



/S/
el seis y la ese

dicen que el seis fastuoso
(tú sabes porqué este poema lo celebra)
sí
es el guarismo de la creación

el seis se siente serpiente
sube y desciende

el seis siamés
en que los seres se sientan
sosegadamente
y se acarician
se succionan



se sostienen
sobre sus secreciones

son los zigzagueos
de las líneas
semicirculares
para entrar y salir

es la cenicienta ausente
por la que se suspira sin cesar

es la pasión efervescente
de la ese intensa

asimismo es el silencio
la soledad y el aislamiento
el sinsentido del ser



solo se sostiene

suspendido

gracias a la ilusión de la pupila

el seis y la ese son promesas
de la suerte
que desea

aspira

con ansias
a que los seres se fusionen
las letras y las sustancias
las esencias y las materias
se fusionen
abrazos y besos unísonos
se fusionen
con su única luz
diosa persistente



con sus membranas
huesos y carnes
se fusionen
ese y ese en el seis
sí
así sea
se fusionen



**/H/
mudo**

mudo
como la h
hhhh
no sé a qué suena
si se mueve o tambalea
sólo aspiro y exhalo
hhhh
mudo
estupefacto
sin párpados
te miro
y sube a mi garganta
una H



desprendido de mí
absorto
quieto
con los pies cruzados
en forma de loto

hhhh
el enigma me sacude por dentro
como una alef
miro el cielo y la tierra
apunto a la aparición
y enmudezco

hhhh
está en tu nombre
y mi mudez sólo alcanza a emitir
un sonido gutural



un aliento
un hálito
para que aparezcas
y lo descubras todo
y la vida sea
en lo inefable
viviente
una h
que suture las heridas

mudo
estupefacto
sin párpados
me duermo con los ojos abiertos
para que no desaparezcas
y la h te devele en su enigma



Pachorrudo. Antipoema jaco-holgazán

Para Sara Poot-Herrera y Laura Marqués

—¿Pacho... qué?

—Pachorrudo

—¿Quién? ¿Él o yo?

—Él

—¿Qué quiere decir? ¿Desfachatado?

—No, no es eso. Más bien, tardado, indolente, lento.

—¡Ah! O sea, flojonazo, holgazán, güevón...

—Tampoco. Algo así como “aletargado”. Cachazudo, flemático, indolente.

—Y usted, ¿cómo dice pachorrudo?

—Bueno, yo diría pazguato.

—¿Paz... qué?

—Pazguato, simplón, papanatas.



—Pero pazguato es el que se queda lelo, estupefacto, ante todo. No es pachorrudo.

—¡Ah!

—Es alguien que se queda como batracio u ostión, moco embarrado en la pared; el que está allí, en la modorra.

—¿Y se arregla? ¿Puede ser campechano?

—No, ese está más contento, se la pasa bien.

—Es descuacharrangado. También puede ser desguanzado. Andrajoso. Descuajaringado. Descoyuntado.

—Eso es de Rulfo.

—Ya. ¿Él o yo? ¿El tapatío o el yucateco?

—Ni uno ni otro.

—¿Y yo no soy el otro? ¿No? ¿No soy abúlico?

—No sé.



No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería.

Dijo con voz trémula:

Flemón, viscosidad, baba, calabrina

Haz de tortuga

Agua cenagosa

Hálitos turbios

Vahos exangües

Fachoso el que moquea

Modorra aletargada

Quietud soporífera

Él

Cierra los ojos, parpadea, y vuelve a mirar desde su sopor



Hundido en el fango
Con humo de acidia en las entrañas
Y ahora zambullido en el negro lodo
El alma enfangada
Se suspende de un hilo
Cuelga de la baba inocua
Se mece en las barbas hirsutas de la inanición
Mientras su vida se dirime en la ciénaga del entumecimiento

DESMAZALADO

¡Ya!

¡Stop your dilly dallying!

Desandrajado



También mamá opina:

Mírate,

¡msajsel!

Fájate los pantalones

Péinate

Ayúdame a pintar la cocina

Cara de cárcel

Sal, ponte ya las pilas

Desde su pantalla:

Abre los ojos

Indiferente en la oscuridad

Mira absorto el batidero

La fruición del instante

Las sacudidas y el encono

Las luces y sus destellos



En la quietud impávida
Se deja adormecer
Vive tan solo del calor que emanan
Las voces trashumantes

Respira lento
Pasa inadvertido
fútil
Sin ton ni son

Se viene la astenia
Golpea la carne
Se tambalea en su lucidez
Elucubra su mal
Aclara resignado la impasividad



Pachorrudo
No le importa que se lo digan
Acepta su condición
Sueña en un destello

Vuelve
No tires la toalla
Acaba de despertar,
Sacúdelo
A ver si de una vez por todas
Te trastornas
Raudo veloz presto
Pulcro y lirondo

Sácame de la duda
¿el pachorrudo soy yo?



Autorretrato. Poema jaco-concretista

1

j a c o b o

j a c a b o

j a c a b a

j a b a c a

c a b a j a

b a c a j a

b a r c a j a

b a c a r c a j a

b a c a r c a j a d a

b o b o c o c o j a j a

b a b a c a c a j o j o

•111•



cojoba
bocoja
bojaco
jaboco
jobaco
cobajo
contrabajo
jaja jaja jaja

2

misefa
misafa
mifase
famise
fasemi



semifa
semilla
sefami
serifa
sifamo
faresi
mafise

mimi sese fafa
mama sisi fofo

mafasa
safama
farsaba
sefeme
ferrete
retrete



mequetrefe

misifi

sifimi

sirimiris

fomoso

mosofo

morroñoso

sufumu

musufu

sucusumucu

sisi sisi sisi

mumu mumu mumu

mu





Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**

Grabación y edición de audio: **Cristina Martínez José**

Realizada el 21 de marzo de 2023 en el estudio de Universum. Museo de las Ciencias

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Pedro Daniel Guerrero González**



Subibaja, de la serie *Voz Viva de México* (VV - 152) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 16 de octubre de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19)
El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.